

LA CRUZ ~~vol. 36~~ (1956)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1956

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY



OCT 30 2003

PER BR7 .C78

Cruz.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/lacruz3642miss_4





LAP

Campaña romana.

“LA CRUZ”

10. de Julio de 1956

Número 429

Año XXXVI

EL SACRIFICIO DE JESUS

—IV—

CONSIDERAMOS la tristeza de Jesús en Gethsemaní; vamos ahora a reflexionar en otra pasión, muy humana pero muy humillante, a tal grado que el hombre, aunque llegue hasta a jactarse de las ignominias a donde lo arrastran sus pasiones, ésta no se atreve a confesarla: *el miedo*.

Jesús, sin embargo, quiso sufrirlo y... ¡confesarlo! Y más que miedo, tuvo pavor, que es como el paroxismo del miedo: "*Cœpit pavere... (1)*".

Dicen y con razón que el valor no consiste en no tener miedo, sino en saberlo vencer. Y por eso, aun los hombres más valientes, aun los soldados cuando esperan el combate, están temblando por el miedo. Son valientes porque lo venen y, a pesar de todo, van adelante.

Todos los que se exponen a un gran peligro tiemblan; por ejemplo, entre nosotros, los toreros, que saben que les acecha la muerte, tiemblan antes de entrar a la plaza.

El valor no consiste en no tener miedo, sino en vencerlo.

Jesús en esto aparece perfectamente humano: tuvo miedo de tanto sufrir, se estremeció de miedo ante la perspectiva de los tormentos de su Pasión. Pero no se deja vencer por él, no huye, no retrocede, va adelante.

Jesús quiso, pues, sufrirlo.

* * *

Reflexionemos en dos cosas: en qué tuvo miedo, y con qué fin, con qué objeto quiso sufrirlo.

Dice la Sagrada Escritura que "*Dios puso en El todas vuestras iniquidades. Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*" (2).

Y Jesús tuvo miedo al ver que venía sobre El como un océano de iniquidad, donde se iba a sumergir.

¿Quién puede comprender toda la maldad humana, todos los crímenes de la humanidad, desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos? Pues bien, se iba a ver revestido de toda esa iniquidad, como de una túnica infamante y repulsiva.

Si una persona de exquisita educación, pulcrísima, se viera en un momento revestida con andrajos asquerosos, de inmundicias repugnantes, ¿cuál no sería su asco!

Pero, sobre todo, Jesús tenía miedo de las relaciones en que el pecado iba a ponerlo con el infierno, con la tierra y con el cielo.

Aquí tocamos un punto indudablemente muy delicado, pero sin timidez hemos de penetrar en este misterio.

Queda a salvo esta gran verdad: que Jesucristo es la Santidad misma, la Santidad infinita, porque es Dios; y es santísimo no sólo como Dios, sino también como Hombre, y en El es imposible, absolutamente imposible, que hubiese la sombra del más leve pecado.*

Pero así y todo, es verdad lo que dice la Sagrada Escritura: que "*Dios puso en El todas nuestras iniquidades*", a tal grado, que se convirtió como en el "*pecador tipo*", responsable jurídicamente de todos los pecados de la humanidad. De tal manera, que, por una ficción jurídica, Dios lo consideró como el gran pecador, como el pecador universal, donde se encontraban los pecados de la humanidad entera. El, El solo, era el responsable de todos.

Si, por ejemplo, acá en nuestras leyes humanas, un hombre sale fiador de otro en una deuda, si el deudor no puede pagar, jurídicamente se convierte el fiador en deudor y debe pagar, aun cuando para eso tenga que arruinarse.

Algo semejante, pero en un grado incomparablemente mayor, pasa en Jesucristo: nosotros somos los culpables, los que debemos expiar; pero nuestra expiación era enteramente insuficiente para redimirnos del pecado. Entonces Jesucristo salió fiador de nosotros, responsable de todos nuestros pecados. Ante la Justicia divina, el responsable de todos ellos fue Jesucristo.

Por eso hay expresiones en la Sagrada Escritura, que casi parecen blasfemas. Se le compara a un leproso, la enfermedad más repugnante: "*Et nos putavimus eum quasi leprosum* (3). Se asegura que la maldición divina lo pe-

netra: “*Induit maledictionem sicut vestimentum*” (4). ¿Qué más? es como el gran maldito, como la maldición personificada: “*Factus pro nobis maledictum*” (5). Y todavía más: “*El que no hizo pecado*, dice San Pablo, *por nosotros Dios LO HIZO PECADO*”, es decir, como la personificación del pecado (6).

De aquí se sigue que Jesús se siente el objeto de la repulsión de todo lo bueno y de todo lo santo, que Dios desde este punto de vista, lo anatematiza; que Dios, por decirlo así, lo excomulga; que es como un excomulgado universal; y que, al contrario, jurídicamente, tiene con El cierta afinidad todo lo malo, —El, que es la Santidad misma—: el infierno, el pecado, los condenados, los pecadores... ¡Qué tremenda contradicción!..

¡Cómo no ha de tener miedo Jesús viendo que se descarga sobre El el odio divino, la justicia de Dios; que sobre El va a descargarse la maldición del Amor eterno!

Por eso, no solamente tiene miedo, sino pavor.

* * *

¿Para qué tiene miedo?

Lo sufre en favor de los que no lo tienen: los pecadores empedernidos, los que rechazan la gracia de Dios hasta el último momento, los impíos que llegan a desafiarlo...

No hemos sido testigos de esos desafíos insensatos de los enemigos de Dios, que desde las tribunas públicas han dicho: “¡Si hay un Dios, que en este momento un rayo me parta! ¿Veis cómo no hay Dios? ¡sigo viviendo! ¡No se descarga ese rayo, no hay tal Dios!”

Jesús tiene miedo en favor, no solamente de los pecadores empedernidos, de los impíos que desafían a Dios, sino hasta de los suyos, de los elegidos, de las almas consagradas.

Es indudable que la grande, la inmensa mayoría de los sacerdotes y de las religiosas son almas buenas y agradables a Dios. También es verdad que una pequeña minoría, —por desgracia; deberían ser todos—, una minoría pueden calificarse de santos. Sí, hay sacerdotes santos, ¿quién no los ha conocido? Hay religiosas santas; las hemos tratado, las podíamos señalar con sus nombres, nos hemos codeado con ellas.

Pero, también es verdad, —¿por qué no decirlo, repito?—, que hay almas consagradas que no han correspon-

dido a su vocación santa, que se han extraviado, que han llegado a caer hasta en un verdadero abismo, en un abismo de iniquidad.

Cuando no hubiera otras pruebas, —y las hay, por desgracia—, tenemos la historia de la Iglesia: todas las grandes herejías, todos los cismas que han desgarrado a la Iglesia, han tenido como autores sacerdotes y hasta obispos.

El célebre P. Lamennais que, por su gran talento y su recia personalidad, hubiera sido una figura de primer orden en la Iglesia, sin embargo, cegado por el orgullo, se rebeló contra la autoridad del Papa, se despojó del hábito clerical, dejó de celebrar la santa Misa y murió impenitente.

Otros tuvieron la audacia de seguir celebrando, como Loisy, uno de los progenitores del modernismo, excomulgado nominalmente.

¿Comprendemos, aleanzamos a sospechar lo que significa una misa sacrílega? ¿Cómo el sacerdote que ha llegado a esta desgracia debiera temblar antes de subir las gradas del altar santo! ¿Y no tiembla, y ve que las bóvedas del templo no se desploman, y que los ángeles del cielo no lo fulminan... y entonces se apaga todo remordimiento, y se acaba todo temor, y se llega hasta perder la fe!...

¿Y cuántos otros sacrilegios, ante los cuales las almas no tiemblan, no tienen miedo de la justicia divina!

San Leonardo de Puerto Mauricio, franciscano, que fue gran misionero, cuando preparaba en sus misiones a los niños para la primera comunión, siempre se conmovía hasta las lágrimas. Y en una ocasión en que lo vieron especialmente conmovido, le preguntaron la causa y dijo: —“Lloro porque sé por experiencia que muchos niños hacen la primera comunión sacrílegamente; y que en ese día, que debiera ser tan feliz para el alma que comulga, tan feliz para el Corazón de Dios, se levantan nuevos calvarios donde Jesucristo es crucificado por las manos de los niños...”

Expía Jesús, con ese miedo que lo hace sufrir, por todos los que debieran tenerlo y no lo tienen...

También expía Jesús por las almas cobardes, por las que tienen miedos culpables: el miedo del respeto humano, que hace cometer tantas faltas y que puede llegar hasta verdaderas traiciones. La falsa paz de dos clases de almas:

las almas endurecidas en el pecado y de las cuales Dios se ha retirado, llevándose su última gracia que es el remordimiento: si no tienen remordimiento, viven en una paz falsa y maldita. Y esas otras almas que viven en una paz semejante: las almas tibias. Nada las conmueve, nada despierta en su corazón sentimientos nobles y generosos para con Nuestro Señor.

Por eso es tan inútil hablar de la tibieza, porque cuando se habla de ella, las almas fervorosas son las que se alarman, las que preguntan inquietas si se encontrarán en ese estado tan lamentable. Las almas tibias se quedan tan serenas como si se hablara en otro idioma, como si nada pudiera aplicárseles a ellas.

Y Jesús expía esa doble paz falsa: la de las almas tibias y la de los pecadores endurecidos.

Pero al mismo tiempo, nos merece la verdadera paz: no la paz que da el mundo, sino la paz que da El, la paz de la conciencia, la paz del espíritu que tiene la seguridad de estar en la verdad, la paz del corazón que sólo busca a Dios, la paz a la hora de la muerte y ante la perspectiva de los juicios eternos.

Y con ese miedo, Jesús mereció también la intrepidez de los mártires que confesaron su fe en medio de los tormentos, y el valor de los cristianos de todos los siglos que han desafiado el respeto humano y todos los miedos que tratan de infundir los enemigos de Dios.

* * *

En fin, el último sentimiento de Jesús en su agonía fue el tedio: "*Coepit parere ET TAEDERE*".

El tedio es un hastío, un desgano, una desilusión, una postración que acaba con todas las fuerzas, una repugnancia extrema de la naturaleza, una náusea de vivir...

Las causas son las mismas, pero bajo un nuevo aspecto: es la repugnancia que tiene Jesús a unirse al mal: la incredulidad, el sensualismo, el sacrilegio, el perjurio, la mentira, la hipocresía, el odio, la crueldad, los homicidios, las injusticias, la avaricia, la impureza en todas sus formas, las orgías de vino y de sangre, los cismas, las herejías, las sociedades secretas...

"*Infixus sum in limo. profundi (7). Hic sido sumergido en lo más hondo de un abismo de cieno*".

En ciertos lugares, dicen, hay sitios pantanosos donde

el que entra no sale, porque mientras más esfuerzos hace por salir de aquel lodo, más se hunde. Así puede ser un ejército, así puede ser un regimiento de caballería: los caballos se van hundiendo y con ellos los jinetes; cuando llega el lodo hasta el enello ¡qué terrible desesperación! Ahogarse en el agua ya es cosa atroz, pero ¡ahogarse en el lodo!...

Pálida imagen de lo que pasa en el Corazón de Cristo: "*Infirmus sum in limo profundí!*" ¡Me ahogo, estoy sumergido en un océano de lodo y de inmundicia!...

Por una parte, ve Jesús toda esa iniquidad; por otra ve la inutilidad de su sacrificio para una gran mayoría. ¡Si al menos con aquellos tormentos pudiera salvarlos a todos! Pero su ciencia divina no deja lugar a duda: sabe perfectamente que, a pesar de todo, muchos se perderán. "*Quae utilitas in sanguine meo dum descendo in corruptionem?* (8) ¿De qué me sirve derramar mi sangre, de qué me sirve morir, si el pecado seguirá sobre la tierra haciendo estragos por todas partes, no solamente entre los paganos, entre los incrédulos, los impíos y los herejes, sino entre las filas mismas de los cristianos; y penetrará hasta en el santuario, hasta los lugares santos?"

Y por eso siente una postración, una falta absoluta de entusiasmo y de energía: ¿para qué sacrificarse, si ha de ser inútilmente?

Y eso es lo que produce en su alma el hastío de la vida, el tedio.

* * *

He ahí a Jesús: está triste, tiembla de miedo, siente el hastío de la vida.

Como Job, puede decir: "*Mis gemidos son como el pan que como, y semejante a una marejada, los sollozos me ahogan*".

El dolor por todas partes, el dolor en el fondo de todo, el dolor forma el fondo mismo de este misterio...

La Sagrada Escritura, a este dolor de Cristo en su agonía de Gethsemaní, le da un nombre: "*Attritus est propter scelera nostra* (9). *Fue despedazado, fue triturado por nuestros delitos.* "*Dominus conterere eum* (10). *Dios quiso hacerlo pedazos*".

Eso es lo que significa CONTRICION, que el corazón se hace pedazos al considerar que ha ofendido a Dios.

Y Jesús, que era el pecador universal, el responsable

de todos los pecados de la humanidad, quiso ser también el penitente modelo, el contrito universal, el que tuvo contrición por los pecados nuestros y los de todo el mundo. Así, su dolor verdaderamente estruja y tritura su Corazón, "*attritus propter scelera nostra*".

* * *

Para comprenderlo, sería necesario medir cuatro abismos.

El primer abismo es la iniquidad del género humano. ¿Quién será capaz de medir el número de los pecados que se han cometido y se cometerán, su gravedad, su multiplicidad? Porque no hay un solo mal con el cual la humanidad no se haya manchado, no hay un solo crimen que no haya cometido. Ese es un abismo.

¿Quién puede comprender, medir, pulsar, el número y la gravedad de los pecados?

Otro abismo es la luz divina que tiene Jesús para comprender lo que es el pecado. Sólo El ha conocido a fondo toda la malicia del pecado que llega a los límites de lo infinito.

Otro abismo era su amor al Padre, ofendido por el pecado.

Y el último abismo, su amor a las almas.

Nosotros somos algo suyo, y las almas a las cuales El se digna escoger, las almas que por vocación se han consagrado a El, son algo más suyo, más íntimo.

Si los demás fieles son los miembros de su cuerpo místico, las almas consagradas son como algo de su Corazón. Y cuando tienen la desgracia de pecar, Jesús siente que algo suyo ofende a su Padre.

¿Podemos comprender, sospechar siquiera, lo que esto significa para el Corazón de Jesucristo?

De manera que algo suyo ofende a su Padre, a quien tanto ama. De manera que por el pecado, algo suyo se pierde.

Cuando un alma se condena, es como si le arrancaran a Jesucristo un pedazo de su corazón, para sepultarlo en aquel abismo de la maldición eterna.

¿Y qué corazón es el que sufre? El más puro, el más

santo, el más delicado, el más tierno, más sin comparación que todos los corazones de los hombres reunidos.

Por eso su contrición no tiene medida, por eso su contrición abarca todos los pecados de la humanidad y encierra todos los siglos y ofrece a Dios una satisfacción sobre abundante y copiosísima.

Al mismo tiempo, su contrición nos alcanza la gracia de que también nosotros seamos ese corazón humillado y contrito que Dios nunca desprecia: "*Cor contritum et humiliatum, Deus, non despiciet*" (11).

Tal es la sustancia de la agonía de Jesús, la que va a deseneadenarse durante tres largas horas...

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.



(1) Marc., XIV, 33.—(2) Is., LIII, 6.—(3) Is., LIII, 4.—(4) Ps. CVIII, 18.—(5) Gal., II, 13.—(6) II Cor., V, 22.—(7) Ps. 68, 3.—(8) Ps. XXIX, 10 (9) Is., LIII, 5.—(10) Is., LIII, 10.—(11) Ps. L, 19.

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Director: J. G. TREVIÑO

Apartado postal 1580. Oficinas: Ciprés, 59

Teléfono: 16-03-85 México 4, D. F.

SUSCRIPCION: Por un año \$ 8.00. — Número suelto, \$ 0.80.

En el Extranjero, Dllr. 1.00.

- A los agentes, descuentos especiales. • La persona que coloque 10 suscripciones, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y
PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Talpan,
el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México,
el 20 de enero de 1927.

LA UNIDAD Y LA PAZ ⁽¹⁾

QUE hermoso es el espectáculo de la primera comunión de un niño! Mientras él, vestido de blanco y sobre la vaporosa nube del reclinatorio, levanta al cielo la simbólica vela encendida y clava en el altar los trémulos ojos por donde sale a luz el íntimo sentimiento de amor que lo señorea; el sacerdote, con toda la augusta majestad de los sagrados ritos, realiza el tremendo Misterio de poner a Jesucristo presente en un perenne sacrificio.

El órgano desgrana desde el coro sus armonías, trasunto en la tierra de las que los ángeles hacen ascender hasta el trono del Altísimo; las volutas del incienso envuelven en el suave olor de Cristo a quienes rodean el altar sagrado; y los cirios elevan a la altura la cuchilla de fuego de sus llamas tembladoras, como la fe de la Iglesia Militante.

Todo convida a salir de los sentidos para contemplar, con los *“ojos iluminados del corazón (2)”*, el otro espectáculo que hace estremecer de amor a las mismas Jerarquías angélicas: Un Dios infinito, amoroso, omnipotente, se anonada hasta encerrarse en una hostia y se entrega en dulce abrazo a un alma que fulgura con las santas irradiaciones de la gracia que divinizan al hombre y lo hacen partícipio de la misma naturaleza increada.

Y entre ambos, entre esa alma que sube —y sube en alas de su amor y de su fe— para abrazarse con su Dios que baja —y baja hasta unirse con ella en la insondable intimidad de una comunión increíble de lo divino y de lo humano—; otro hombre, revestido de poderes sobrenaturales, con la omnipotencia de Dios en los mortales labios y las divinas bendiciones en las manos consagradas, como

un arco-iris de paz, señal de las reconciliaciones divinas entre el cielo y el mundo; otro hombre, el sacerdote, hace la entrega de un Dios a su criatura, admitiéndola al Sagrado Banquete en que se come Pan de Angeles y se bebe Vino que engendra vírgenes.

De fijo, en pocas ocasiones de la vida del hombre podrá decirse al contemplarlo: "*Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus* (3)".

Mas todo lo que sobrenaturalmente pasa con el individuo en sus augustas relaciones con su Dios, pasa igualmente con las sociedades y con los pueblos. Ellas y ellos vienen asimismo del Primer Principio, se encaminan al Fin Ultimo, y recorren un sendero que, lo mismo debajo de las flores que lo bordean y engalan que de las espinas y tropiezos de que se halla inevitablemente sembrado, encierra un hilo de oro de comunicaciones con Aquel cuya providencia "*attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter* (4)". Los mismos principios de eterna misericordia que impulsan, sostienen y acaban la vida del individuo, se encuentran siempre activos en los comienzos, en los desarrollos y en los términos de las sociedades y de los pueblos.

Estos también, recibido el don inapreciable de la fe por el bautismo de lágrimas y de sangre de los Apóstoles y Evangelizadores, llegan a la infancia en que, al despertar más clara y radiosa la luz del Evangelio, se acercan trémulos a su primera comunión.

Hoy es la PRIMERA COMUNION de esta gloriosa y nobilísima Arquidiócesis.

El espectáculo es soberanamente grandioso, como en el día de la primera comunión de un niño: abajo, un pueblo, ebrio de fe y de amor, se arremolina en torno del Sagrado Tabernáculo. Blancas son sus vestiduras, pues las ha lavado, durante las misiones que a este solemne acontecimiento precedieron, en la Sangre Inmaculada del Cordero que se ha prodigado en la Penitencia y en la Comunión; lleva en las manos el cirio encendido de su Fe cuatro veces secular que ahora, con estentóreo grito, emitido de innumerables pechos por una sola boca, como el del Primer Pontífice, en la mañana risueña del Tiberíades, confiesa que "*El es el Cristo, el Hijo de Dios vivo*"; se envuelve todo en las nubes del incienso perfumado de sus oraciones y plegarias, que como flechas de oro son lanzadas a la altura y derechamente clavadas en el Corazón de Dios; y

desgrana en sus músicas y cantos, en sus ritmos y armonías, los inflamados sentimientos que no pueden expresarse en la palabra de los hombres.

Arriba, el Dios tres veces Santo, el Dios de las batallas que legisló en el Sinaí y abrió la mano con larga munificencia sobre el Pueblo de las eternas predilecciones, el Dios que nació humilde y olvidado la noche "*que fue nuestro día*" en el establo de Belén, el mismo que hace veinte siglos murió en la cima del Calvario y que se hizo pan para acercarse más íntimamente a sus hermanos; está ahí, sobre su trono de amor, con el corazón palpitante, flameantes de entusiasmo los divinos ojos, extendidas hacia la multitud las venerables manos para bendecirla, y licuándose en ardores santos para descender como bautismo de gracias sobre este pueblo.

Y entre ambos, el Pontífice, el puente de oro, el gran sacerdote que, al cumplir los veinticinco años de su laborioso e incansable pontificado, penetra al Sancta Sanctorum, tocada la cabeza con la mitra de salud, revestido el cuerpo con la túnica inconsútil de su Esposa Mística, adornado el pecho con el efod de la Cruz Redentora, teñidas las manos con la Sangre de la víctima inmolada, para darla en comunión primera a su pueblo, a su pueblo amado, vinculándose así una vez más y más estrechamente con él por los lazos de la Vida.

Núblase la inteligencia al tocar lo inaccesible, acreceuse sin medida los afectos del corazón, acébanse y mueren en los labios las palabras, y sólo queda un subido ardor de inefables sentimientos que convida a adorar en silencio cayendo de rodillas.

Mas, si es fuerza hablar, sólo diremos que de esta primera comunión hay que esperar los dos grandes frutos que brotan naturalmente de la Eucaristía y que la Iglesia pide en la Secreta de la Misa del Santísimo Sacramento: "*Unitatem et pacem propitius dona concede*", la UNIDAD y la PAZ.

I.—LA UNIDAD

Fue ésta la gran obsesión de Jesueristo. ¿Quién no ha leído con admiración creciente las palabras de Jesueristo que nos ha conservado San Juan en las páginas de su Evangelio? Con santa e inefable insistencia vuelve sobre el pensamiento de la unidad, santo anhelo de su alma.

Pone como prototipo de la unidad que para su Iglesia desea, la misteriosa unidad que existe entre las divinas Personas de la Trinidad Beatísima; ruega a su Padre que conceda a los suyos esta unidad por la unión íntima de los miembros con la Cabeza y de los miembros entre sí; afirma que tiene otras ovejas que también debe conducir para que no haya sino un solo rebaño y un solo pastor; da su gran mandamiento para realizarla; derrama en los suyos la gloria que recibió de su Padre, para este mismo fin; y a vueltas de mil diversas enseñanzas, termina siempre en la misma idea, como meta divina que vino a alcanzar con su santa vida y a enseñar con su doctrina, cuyo maravilloso compendio es esta palabra de unidad: *Ut omnes unum sint.*

En la Iglesia militante, realizase plenamente este pensamiento del Maestro divino, mediante las dos soberanas invenciones de su amor infinito: *la Eucaristía y el Episcopado.*

* * *

1) *La Eucaristía.*—Al pronunciar esta palabra se abre ante los ojos una vasta perspectiva de luz y de amor. Sin ella, como sin Cristo, todo en el Universo sería tinieblas y desolación. El Dios de los hombres, aun encarnado por ellos, aparecería demasiado alto en las empinadas cimas de la gloria, o demasiado lejos en los remotos confines de la tierra o de los siglos. Con ella, el Dios de los hombres vive entre ellos; el pueblo escogido, del que Israel no fue sino pálida figura, puede decir de sí mismo, con profunda verdad y asombrosa plenitud, que no hay nación tan grande en la tierra que tenga a sus dioses tan cerca de sí, como el Señor Dios Nuestro está cerca de los suyos.

Pero, sobre todo, por ella se tiene la anhelada unidad que vincula apretadamente a Dios con sus criaturas.

Pan vivo, bajado del cielo, que contiene en sí toda suerte de delicias, quita las naturales limitaciones de la Encarnación del Verbo, para entregarlo total a cada uno de los hombres; y al unirse con ellos en íntima comunión, los eleva, por la fuerza incoercible de la gracia, a la vida misma de Dios, poniendo en ellos un rasgo privativo de Dios mismo, señalándolos con su propia semejanza, reflejando en ellos la lumbre de su divina cara, según aquella expresión de la Escritura: “*Signatum est super nos lumen vultus tui (5)*”.

Si desde una atalaya inmensa pudiésemos, a la luz de la fe, contemplar el espectáculo maravilloso de la Iglesia, veríamos una imagen de Jesucristo, viva y palpitante, formada, como un precioso mosaico, de multitud incontable de imágenes más pequeñas, cada una de las cuales, representándole por completo, sería sin embargo, una especial y privativa de alguna de sus excelencias, como rayos diferentes de un diamante de infinitas facetas, cuyo conjunto formaría la sola imagen de Aquel que con nosotros forma el Cristo que subió a los cielos “*ut impleret omnia* (6), de Aquel en quien constan todas las cosas, de Aquel que siendo uno, se multiplica de incontables modos con mil variadísimos reflejos.

Y todo ello realizado especialmente por la Eucaristía, “*sacramento de Unidad*”, como le llamó San Agustín, que forma y hace el grandioso Cuerpo místico de Jesucristo.

Por eso, en la mesa eucarística señaladamente, no hay griego ni romano, escita ni judío, sino la sola nueva criatura de que habla el Apóstol Santiago, engendrada por Dios mediante su libre y poderosa palabra de verdad. Un Dios humanado hasta el punto de darse a los hombres en alimento, y un hombre divinizado hasta el extremo de poder decir: “*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en Mí* (7)”.

Y es esta divina unidad la que vemos ahora al contemplar a un pueblo alimentado por el dulce Sacramento, que lleva en su alma las radiantes luces de la fe que vincula a Cristo, y en su carne los saludables gérmenes de la futura resurrección.

* * *

2) *El Episcopado*.—Y esa unidad de vida se completa y se mantiene, mediante la unidad de su Cabeza, de la que, como de manantial perenne brota raudalosa la vida que Cristo trajo al mundo, Cabeza invisible pero real; cabeza hecha visible para una Iglesia particular, en la persona del Prelado, que es la mirada que atisba desde la altura de su dignidad excelsa, para otear todos los horizontes, para vigilar todos los movimientos de la vida circulante, *Episcopus*, como le llama el lenguaje cristiano, que quiere decir vigilante.

Cabeza que no sólo vigila, sino que da la vida, por lo que es también y señaladamente “*padre*”, padre de di-

vina fecundidad y de una gloriosa plenitud, de la cual —si ello puede decirse sin blasfemia, guardando las proporciones entre quien lo es por naturaleza y quien lo es sólo instrumentalmente— todos en la Diócesis reciben.

Cabeza que es también “*Pastor*” y “*Puerta*”. Pastor que tiene el encargo de conducir a buenos pastos las ovejas para alimentarlas, no ya con los pastos de la tierra, ni siquiera con aquello de que se alimentan los ángeles del cielo, sino con la carne y con la sangre del mismo divino Redentor, después de haberlas alimentado con la santidad de la doctrina.

Cabeza que, en esa Arquidiócesis, ha estado vivificando durante veinticinco años con tierna y amorosa solícitud, con sabiduría y prudencia sobrenaturales, con abnegación y sacrificio, con perpetuos entregamientos que han culminado en esta primera comunión colectiva que ha apretado con estrecho cereo al Pastor de los Pastores con las ovejas de este rebaño, y al Pastor de esta Iglesia con ella misma, mediante los vínculos de la caridad —que es más fuerte que la muerte, y de la autoridad, que, ordenada por Dios, señala a todos la misma ruta a sus eternos destinos, impulsa a todos al mismo soberano bien, a todos defiende con dulce fortaleza y a todos abriga, al estrecharlos en su corazón, en el maternal regazo de la Iglesia.

Cabeza que, finalmente, da la unidad que tanto ansiara Jesucristo, no sólo alimentando a todos con la misma doctrina y nutriéndolos del mismo pan, sino ligando su historia, ya cuatro veces secular, y dándole un profundo sentido de eternidad a las vicisitudes y mutaciones de lo humano. Eslabón de oro que junta al actual Prelado con el primero que vino a estas tierras a poner los cimientos de esta Iglesia y que le dará perpetuidad al encaenarse con el que vendrá mañana.

Obispo que en la cima gloriosa de su admirable plenitud aparece hoy con la Hostia Santa en las manos henchidas de bendiciones para entregarla a un pueblo, que se aprieta en torno suyo a recibirla colectivamente por vez primera, cuando ha llegado a la edad de la fe adulta, a la plenitud de la edad de Cristo, en quien ha crecido mediante todos los acontecimientos; es el símbolo externo de esa unidad que es, en las obras de Dios, principio y camino, fuente y cauce, nacimiento y consumación, aurora espléndida y divino mediar del Sol Eterno de Justicia.

En esa unidad que se mira en el edificio sobrenatural asentado sobre la firme roca de la palabra de Cristo, cuyas piedras están unidas por el divino figamento de la caridad que nunca fenece, no aparecen cuarteaduras en los muros, ni desplomes en las bóvedas. En él se puede entrar sin riesgo de peligros. Todo está armoniosamente arreglado y maeizamente sostenido, en un orden tranquilo que se llama la Paz.

Paz que brota, como de su fuente, de la unidad en la que las partes están unidas en el todo, de manera que espunde con esa claridad de lo múltiple en lo vario que constituye la belleza, y que produce en quien la contempla esa sensación de descanso que apenas conocemos en la tierra y que esperamos poseer en la Patria de la paz.

Y a darla al mundo vino precisamente Jesucristo.

Apareció en él como Príncipe de la paz, según le saludó en espíritu profético Isaías; tuvo siempre en los labios el saludo dulcísimo de la paz: “*Mi paz sea con vosotros*”; la dejó a los suyos como herencia preciosa comprada con su sangre: “*Mi paz os dejo, mi paz os doy*”; ofrecióla espléndida y soberana, indestructible y eterna, cuando dijo que la paz que daba no era como la paz ficticia que ofrece el mundo; más aún, El mismo es la Paz anunciada por los Profetas: “*Et erit iste Pax (8)*”.

Y lo es por su carácter extraordinario y privativo de Pontífice Eterno que reconcilió en sí mismo todas las cosas y equilibró la justicia, violada por el pecado: por su carácter de Mediador entre Dios y el hombre a quienes vinculó ligando ambas naturalezas en la santidad de su persona, y a todos los hombres con los lazos de la gracia; lo es, finalmente, por su actividad maravillosa que, atrayendo a sí —al ser elevado en la Cruz— a todas las cosas como imán celestial y divino, las unificó en el orden tranquilo que es en la tierra el reflejo de los cielos.

Y, ¿de dónde, si no de la Eucaristía, brota esa paz divina que el mundo anhela? Al alimentar a los hombres con la gracia, los subordina al autor de ella, y los coordina entre sí haciéndolos hermanos, y cobijándolos con la misma paternidad que le cobija a El mismo, y extendiendo hasta ellos la generación inenarrable.

Entonces pone orden en el hombre cuando subordina el apetito a la razón, la razón a la fe, la fe a la visión que se promete; y cuando, sin destruir nada de lo que en el

hombre es divino por su origen y su destino, le arranca los gérmenes de discordia y división que alteran la paz.

Entonces pone orden en las familias, cuando haciendo florecer en los corazones las virtudes domésticas, afirma la autoridad de los padres y da un sentido de altísima sabiduría a la obediencia de los hijos.

Entonces pone orden en la sociedad, cuando haciendo imperar en ella los altos principios de la justicia que vino a restablecer, arregla las relaciones humanas consolidando el derecho y urgiendo los deberes; y cuando, imperando la ley del gran mandamiento, enseña a respetar los primeros como base de la verdadera caridad, y a cumplir los segundos como floración del amor que es el compendio y la plenitud de la ley que vino a promulgar al mundo.

Recibir la Eucaristía como debe ser recibida, es asentar sobre su más sólida base la paz de los individuos, de las familias y de los pueblos.

Y todo ello con absoluta dependencia de aquellos a quienes con inefable providencia entregó el gobierno visible de su Reino, que, sin ser de este mundo, en él tiene su asiento.

Todo ello, coordinando las diversas voluntades en la sola voluntad que con derecho divino ordena y manda, y con la cual se identifica, por manera que tiene corresponsabilidad a sus propios ordenamientos, la voluntad que a su representante se opone con necia rebeldía.

Y todo ello, sin amenguar ni disminuir la santa libertad de los hijos de Dios, en quienes ha puesto la luz de la verdad que hace verdaderamente libres, ya que la libertad no consiste sino en vivir subordinado a aquella Voluntad, que es principio y fuente de perfección y santidad.

Lo cual vale decir, que esa paz se asegura y afirma mediante la acción de Obispo, que tiene la misión de enseñar la verdad, de conducir por los atajos que al bien conducen y de santificar a los hombres en la plenitud de la verdad, como Jesús mismo lo pedía a su Padre.

Veintinueve años, pues, de episcopado, son veintinueve años de trabajar por la paz verdadera, veintinueve años de fortificar el orden social, veintinueve años de estar reflejando en la tierra la paz imperturbable de los cielos.

¿No es esto lo que nos dice con su muda elocuencia la presente solemnidad? ¿No es esto lo que grita el fervoroso entusiasmo de un pueblo que, para conmemorar la glo-

riosa fecha de la elevación de su Pastor a las excelsitudes del Episcopado, ha unido en una misma intensísima alegría el triunfo del Dios de la Eucaristía con las aclamaciones vibrantes al Pastor?

Mirad, pues, ahí a vuestro Pontífice, como verdadero puente entre la Hostia Santa y vosotros; al Pontífice que, a fuerza de sudores y trabajos sin cuento, ha purificado su Arquidiócesis para este día feliz de su primera comunión; miradle como un símbolo de paz, de esa paz que desde la Eucaristía se complace el Señor en derramar sobre las almas y los corazones. Recibid la Eucaristía, y recibidla de las manos de vuestro Obispo, y plegue al cielo que estos días de gloria no sean, como todo lo humano, pasajeros; sino que se perpetúen por los frutos de unión y paz que dejen, como imborrable huella, entre vosotros.

* * *

¡Oh Jesús, Pastor Eterno de las almas! ¡Concedenos a todos los dones divinos que en tu Eucaristía divinamente se contienen y místicamente se simbolizan, de la unidad y la paz; para que, disfrutando de ellos acá en la tierra, podamos gozarlos eternamente en los cielos! Así sea.

FERNANDO RUIZ.

Arzobispo de Yucatán.



(1) Este artículo está tomado de un sermón con motivo de un Jubileo Episcopal, celebrado con un Congreso Eucarístico.

(2) "Illuminatos oculos cordis vestri". Ephes., I, 18.

(3) "Hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres". I Cor., IV, 9.

(4) "Se extiende poderosa (la sabiduría) del uno al otro extremo y lo gobierna todo con suavidad". Sap. VIII, 1.

(5) "Haz hecho brillar, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro". Ps. IV, 7.

(6) "Para llenarlo todo". Ephes., IV, 10.

(7) Galat., II, 20.

(8) "El mismo (Cristo) es nuestra paz". Mich., V, 5.

Sor Isabel de la Trinidad

PAGINAS INEDITAS

33.—“*Que la Trinidad pueda reflejarse en mí*”.

QUE rápido pasa el tiempo con El! Hace un año que me introdujo en el arca bendita y ahora, como dice San Juan de la Cruz en su cántico: ¡La tórtola ha encontrado sobre las verdes riberas a su compañero tan deseado!”

Sí, “*he encontrado al que ama mi alma*”, ese “*Unico necesario*” que nadie me puede arrebatar. ¡Qué bueno es Jesús y qué hermoso! ¡Quisiera ser toda silencio, toda adoración, para penetrar cada vez más en Jesús y estar tan llena de El, que *pueda darlo por la oración* a esas pobres almas que ignoran el don de Dios!

Sé que cada día ruegas por mí en la santa Misa. Ponme en el cáliz para que mi alma se bañe toda en esa Sangre de mi Cristo, de la que estoy sedienta, para que sea toda pura, toda transparente, de manera que la Trinidad pueda reflejarse en mí como en un cristal límpido. ¡Le gusta tanto contemplar su hermosura en un alma! Esto hace que se dé más todavía, que venga a colmarla más para realizar el gran misterio de amor y de unidad. Pide a Dios que viva *plenamente* mi vida de carmelita, de esposa de Cristo, ¡porque esto supone uniones muy profundas!

¿Por qué me ha amado tanto? Me siento tan pequeña, tan llena de miserias; pero lo amo y no sé hacer otra cosa.

lo amo con su propio amor, es una doble corriente entre “*El que es y la que no es*”. Cuando siento que mi Dios invade toda mi alma, ¡cuánto ruego por ti! Me parece que es una oración a la cual no resiste. Y quiero que me dé todo su poder. ¡Cómo desearía dejar que se desbordara la plenitud en mi alma en la tuya, como en otro tiempo! Pero ahora nos comunicamos de alma a alma, ¿no es verdad?

Adiós; bendice a la que se complace siempre en llamarse tu hija”.

34.—“*Una carmelita es un alma que ha contemplado el crucifijo*”.

“Una carmelita es un alma *que ha contemplado el crucifijo*, que lo ha visto ofreciéndose como víctima a su Padre por las almas y, recogiendo bajo esta gran visión de la caridad de Cristo, ha comprendido la Pasión de su Alma santísima y ha querido darse como El!...

En la montaña del Carmelo, en el silencio, en la soledad, en una oración que no termina nunca —porque continúa a través de todo—, la carmelita vive ya como en el cielo: “*de Dios solo*”. El mismo, que un día será su bienaventuranza y la saciará en la gloria, se da desde ahora a ella, no la deja nunca, permanece en su alma y, más que eso, entre los dos no hacen sino *Uno*.

Por eso está *sedienta de silencio*, para escuchar cada vez más, para ahondar más en su Ser Infinito. Está identificada con el que ama, lo encuentra en todas partes y a través de todo lo ve irradiar. ¿No es esto el cielo sobre la tierra? Este cielo lo llevas en tu alma; y puedes ya ser carmelita, porque a la carmelita Jesús la reconoce en su *interior*, es decir, en su alma. No lo dejes nunca, haz todo bajo su mirada divina y permanece siempre muy gozosa en su paz y en su amor, procurando hacer felices a los tuyos”.

35.—“*El alma es como un cristal*”.

“¡Que estos TRES, que amamos tanto las dos, sea en verdad el centro donde transeurra nuestra vida! Santa Teresa dice que el alma es como un cristal en el cual se refleja la Divinidad: ¡me gusta tanto esta comparación!

Y cuando veo al sol henchir nuestros claustros con sus rayos, pienso que así invade Dios al alma que lo busca. Vivamos en la intimidad con nuestro Amado. Seamos totalmente de El, como El es totalmente nuestro. Te ves privada de recibirlo con la frecuencia que desearas y comprendo muy bien tu sacrificio. Pero piensa que su Amor no tiene necesidad del sacramento para venir a su pequeña Germana: comúlgalo todo el día, puesto que está viviente en tu alma.

Eseucha lo que dice San Juan de la Cruz: "Oh la más hermosa de las criaturas, alma que deseas tan ardentemente conocer el lugar donde se encuentra tu Amado para buscarlo y unírte a El, tú misma eres el retiro donde se abriga y la morada donde se oculta. Tu Amado, tu tesoro, tu única esperanza está tan cerca de ti, que habita en ti misma, y a la verdad no podrías vivir sin El".

Tal es la vida del Carmelo, ¡vivir en El! Entonces todas las inmoluciones y todos los sacrificios se hacen divinos; el alma, a través de todo, ve al que ama y todo lo lleva a El: ¡es una intimidad continua de corazón a corazón!"

36.—"*No hay más que un movimiento en el Corazón de Cristo*".

"*De alma a alma* es como me gusta venir a ti, bajo la mirada del que amamos y a quien buscamos constantemente. Gracias por tus buenas oraciones. ¡Tuvimos unos Ejercicios tan hermosos, tan profundos, tan divinos! El P. Vallée nos habló todo el tiempo de Jesús y hubiera querido tenerte cerca de mí para que tu alma fuera arrebatada con la mía.

A través de todo, comulguemos constantemente a ese Verbo Encarnado, a ese Jesús que permanece en nosotros y quiere revelarnos todo su misterio. La víspera de su Pasión decía a su Padre, hablando a los suyos: "*Las palabras que me diste, se las he dado; la claridad que tuve en Ti antes de que existiera el mundo se las di también*". Está siempre viviente, siempre activo en nuestra alma. Dejémosnos edificar por El y que El sea el alma de nuestra alma, la vida de nuestra vida, para que podamos decir con San Pablo: "*Vivir para mí es ser Cristo*". No quiero que haya tristeza en nuestra alma a causa de lo que no hemos hecho únicamente por El. Es Salvador, su misión

es perdonar y el P. Vallée nos decía en los Ejercicios: “*Sólo hay un movimiento en el corazón de Cristo, borrar el pecado y conducir el alma a Dios*”.

37.—“*El Esposo me ha dicho su “VENI”*”.

“¡Siempre has sido tan buena conmigo y te has interesado tanto por mi vocación que esta noche mi alma viene a confiar a la tuya su dicha inmensa!

El Esposo me ha dicho su “veni” y, el 11 de enero, dentro de esta hermosa fiesta de la Epifanía, toda de luz y de adoración, pronunciaré los votos que me unirán para siempre a Cristo. Tú que desde mi infancia me has seguido y que recibiste mis primeras confidencias, puedes comprender esta dicha tan grande que inunda mi alma. Esta noche pido las oraciones de mi querida comunidad y mañana comienzo mis ejercicios de 10 días. Me parece estar soñando: ¡lo he esperado tanto! ¡tanto lo he deseado! ¡Quieres darme cada mañana en la santa Misa una intención muy particular? Porque algo muy grande se me espera.

Me siento envuelta en el misterio de “*la caridad de Cristo*”, y, cuando miro hacia atrás, veo como una persecución divina sobre mi alma. ¡Oh! ¡cuánto amor! ¡me siento aplastada bajo su peso! Entonces, ¡guardo silencio y adoro!...

En esa mañana de la Epifanía, la más hermosa de mi vida —aunque el Maestro me ha hecho pasar días tan divinos que se parecen a los del paraíso—, en ese día, en que van a realizarse todos mis deseos y en que voy a ser al fin *esposa de Cristo*, ¿quieres ofrecer el santo sacrificio por tu carmelita? Después entrégala para que sea tomada e invadida totalmente y pueda decir con San Pablo: “*Ya no vivo yo sino que Cristo es quien vive en mí*”.

38.—“*Algo muy grande se prepara*”.

“¿El Maestro no le ha dicho que su pequeñita va a convertirse en la esposa de Jesús, que su primera palabra para ella ha sido un “veni” y que en esta hermosa fiesta de luz y de adoración, en este día que es de los “TRES”, va a venir a su encuentro para consumir la unión que soñó en su caridad infinita?

¡Oh Padre mío! ¡qué feliz soy con una dicha que no se parece a ninguna de las que he gustado hasta ahora! Es menos sensible, está en las profundidades del alma; además, ¡es tan serena, tan tranquila!

Esta noche entro en ejercicios. Pida, se lo suplico, para que en ellos viva toda entregada, toda atenta, para que el buen Dios pueda realizar todos sus designios sobre mi alma. Me parece que algo muy grande se prepara y me siento toda envuelta en la caridad de Cristo.

Padre mío, ¡qué bueno es darnos a El en este tiempo en que se le ofende tanto! En ese hermoso día de mi profesión quisiera consolarlo, hacerle olvidar todo; después, querría también que fuera este el principio de un acto de adoración que no se interrumpiera nunca en mi alma. ¿No es verdad que Ud. quiere que su pequeña sea la adoradora de Jesús, como Magdalena que siempre guardaba silencio para escuchar la palabra que el Maestro le decía?

¡Oh querido Padre mío, Ud. me ha dicho que para las almas no hay distancias, guarde pues la mía muy cerca de la suya, mejor dicho, *en la suya*; y después, entrégueme para que Cristo se apodere de mí y ya no viva yo, sino El en mí!

En fin, con un corazón muy paternal, bendiga a su hijita". (Al P. Vallée).

39.—“*Toda una vida para pasarla en el silencio y en la adoración*”.

“El Niño Jesús reservaba a mi alma una dicha inmensa: en esta hermosa fiesta de la Navidad, me dijo que iba a venir como Esposo. ¡El día de la Epifanía, me hará su reina y pronunciaré los votos que me unirán a El para siempre!

¡Mi alegría es tan profunda, tan divina! Es de esas que no pueden decirse; pero tu alma ha comulgado bastante a Dios para poderla comprender. Te ruego que me ayudes, porque quisiera ser como El me quiere y, en ese día de mi profesión, es necesario que consuele a mi Maestro y le haga olvidar todo. Siento mi impotencia; pero El está en mí para prepararme; y por eso, muy gozosa y muy confiada, me atreveré a ir a su encuentro para que consume la unión que ha soñado en su amor infinito.

En ese día, te lo aseguro, no te olvidará tu amiguita. Por tu parte, únete a ella en esa mañana, la más hermosa

de su vida, en que al fin va a ser la esposa de Cristo hasta la muerte. Dale gracias por mí, ¡porque es tan hermosa mi herencia! ¡Toda una vida para pasarla en el silencio, en la adoración, en la intimidad con el Esposo! Pídele que sea fiel, que vaya hasta el fin de sus designios sobre mi alma, que eumpla plenamente toda su voluntad y que haga su dicha”.

40.—“*Heme aquí al fin esposa de Cristo*”.

“Quisiera poder hablarte de mi profesión. Pero, mira, es algo *tan divino*, que el lenguaje de la tierra es impotente para expresarlo. Ya había tenido días muy hermosos, pero ahora no me atrevo a compararlos con éste. Es un día único y ereo que, si me enecontrase en la preseneia de Dios, no experimentarí una emoeión más grande que la que he sentido ese día. ¡Es tan grande lo que pasa entre Dios y el alma!”

41.—“*El ciclo en la fe con el sufrimiento y la inmolación por el amor*”.

“Desde mi última carta, ¡cuántas cosas han pasado! La Iglesia me ha heeho esuehar el “*veni sponsa Christi*”, me consagró y ahora todo está *consumado*, o más bien todo comienza, porque la profesión no es sino una aurora y cada día mi *vida de esposa* me parece más bella, más llena de luz, impregnada de paz y de amor.

En la noche que preeedió al gran día, mientras estaba en el Coro esperando al Esposo, comprendí cómo mi cielo comenzaba sobre la tierra, ¡el eielo en la fe con el sufrimiento y la inmolación por el que amo!...

Quisiera amarlo tánto, amarlo como mi seráfica Madre, hasta morir de amor: “*O caritatis victima*”, cantamos el día de su fiesta; ¡y esa es toda mi ambieión! ¡Ser la presa del amor!... Me parece que en el Carmelo es tan sencillo vivir de amor. De la mañana a la noche tenemos la Regla que nos manifiesta, momento por momento, la voluntad de Dios. ¡Si supieras cuánto amo esta Regla que es la forma conforme a la cual Dios me quiere santa! No sé si tendré la dicha de darle a mi Esposo el testimonio de la sangre; pero, por lo menos, si llevo plenamente mi vida de earmelita, tendré el consuelo de *gastarme* por El, por El solo.

Entonces, ¿qué importa la ocupación en que me quiera? Puesto que está siempre conmigo, la oración y la intimidad no deben terminar nunca.

¡Lo siento tan viviente en mi alma! Me basta recogerme para encontrarlo en mi interior; y eso es lo que hace toda mi dicha. Ha puesto en mi corazón una sed de lo Infinito y una necesidad tan grande de amarlo que sólo El puede saciarla. Entonces voy a El como una pequeñita a su madre para que me sacie, para que me invada totalmente, y me tome, y me lleve en sus brazos. ¡Me parece que es necesario ser muy sencillo con Dios!”

42.—“*Saber escuchar al que tiene tanto que decirnos*”.

“El domingo paso mi día contigo en honor de la Santísima Trinidad. ¡Qué bueno es Dios en habernos dado el atractivo de este misterio! Que tu vida se transfigure en El, como decíamos el otro día; que El sea verdaderamente nuestra morada sobre la tierra. Ahí hagamos que todo calle para escuchar al que tiene tanto que decirnos. Y puesto que también tú tienes esta pasión de escucharlo, nos encontraremos cerca de El para escuchar todo lo que canta en su alma!... Tal es la vida de la carmelita; ante todo es una contemplativa, otra Magdalena, que nada puede distraerla de lo “*Único necesario*”. Amo tanto al Maestro, que quiero llegar a ser una víctima como El y que mi vida se convierta como en un don continuo de mí misma, en cambio del amor con que El la posee hasta quererla transformar en otro Cristo. Ahí, *en El*, me siento muy cerca de ti. Es necesario que nuestra divisa sea esta palabra de San Pablo: “*Nuestra vida está oculta en Dios con Cristo*”.

M. M. PHILIPON, O. P.

(Versión de J. G. Treviño.—Derechos reservados.—Reproducción prohibida).



MONSEÑOR MARTINEZ

—II—

ATENTA a la educación de su hijo, la madre de Mons. Martínez procuró que se dedicara al estudio desde muy temprana edad, primero en Molinos de Caballero, después en Puruándiro y finalmente en Morelia, donde terminó su instrucción primaria en la escuela de D. Timoteo Carrasco, para quien conservó siempre Mons. Martínez, gratitud y veneración (1).

En Morelia pasó Mons. Martínez casi toda su vida, de 1888 a 1937, alrededor de medio siglo. Y en Morelia, el Seminario fue el ambiente en que vivió, como alumno primero, como Prefecto de disciplina y Vicerrector después, y al fin como Rector.

Conviene, pues, que nos demos cuenta de ese doble medio; para lo cual, nada mejor que reproducir dos páginas debidas a la pluma cultísima del Sr. Cngo. D. Juan B. Buitrón, compañero y amigo íntimo de Mons. Martínez.

He aquí cómo describe a Morelia:

“Dormida dulcemente en medio de risueño valle, tranquila y aegedora, señorial y magnífica, es todavía Morelia —después de cuatro siglos de fundada— una ciudad pequeña, unida de silencio y de paz.

En la actualidad, ni tiene industria propia, ni viven ya en ella acaudalados comerciantes, ni poderosos terratenientes, ni señoritos herederos de grandes fortunas.

Todo eso lo perdió; pero guarda, eso sí, con cariñosa solicitud, algo mejor que todo ello: una tradición ininterrumpida de cultura española, rancia y cristiana, tradición que arranca desde su nacimiento como pueblo.

La cultura de Morelia es tan vieja como la ciudad misma.

De ambiente sosegado, se presta a maravilla para la meditación y el estudio, y no parece sino que fuera predestinada desde su fundación para ser en todo tiempo una ciudad de estudiantes.

Con excepción de su calle principal, tiene todavía la ciudad el encanto de un poblado viejo e inmutable que ha resistido valerosamente las acometidas de un cosmopolitismo devastador. Dotada de un organismo sano y vigoroso, ha sabido conservar el tesoro de sus tradiciones y glorias pasadas, y altiva y un tanto huraña, —a semejanza de esas grandes damas venidas a menos— sabe, sin embargo, como ellas conservar con decoro su rancio y aristocrático abolengo.

Seguramente que los fundadores de Valladolid no intentaron edificar una ciudad industrial o militar, sino un hogar de reposo y de quietud, un oasis en medio del camino tan lleno para ellos de vicisitudes y de fatigas. Otros serían los campos de lucha o de comercio; Valladolid sería el hogar dulce y tranquilo a donde vinieran a reposar después de las fatigas de la conquista de la tierra.

Y así ha sido Valladolid durante sus cuatro siglos de existencia: una ciudad de dulzura y de paz. Paz en los ojos de los niños; paz en la vida sosegada de sus nobles matronas; paz en los ojos resignados pero alegres de los ancianos; paz en las casonas que miran pasar por los ojos de sus ventanas lo mismo los acontecimientos que los hombres.

¡Qué gozo al ver sentadas en los quicios de las casas de los barrios pobres al caer de la tarde —tarde luminosa en que el polvillo se convierte en oro— a las mujeres rodeadas de sus chiquillos, descansando de la diaria tarea! ¡Y cómo se adentra la paz en el alma al respirar el suave perfume de las flores en sus jardines, en los preciosos jardines de Valladolid!...: en el de la Plaza Mayor y en el de la Paz... y en el de la Compañía... y en el romántico y conventual de Santa Rosa... y en el de la española plaza de San José... y en el de las plazuelas de las Animas y de Capuchinas... del Carmen y de la Merced...

Valladolid ostenta en sus macizas iglesias la piedad nunca desmentida de sus hijos, y en sus grandes colegios la resignada tristeza de las glorias idas...: los ojos de la imaginación miran en el de la Compañía las sombras venerables de los Clavijeros y Ramírez...; y en los espaciosos corredores del pontificio Seminario del Señor San Pedro

Apóstol (hoy palacio del Gobierno), a los Labastidas, y a los Munguías, y a los Areigas, y a tantos otros que de allí salieron...; y en el Colegio de San Nicolás Obispo, fundado por Don Vasco de Quiroga, del que salieron también en otros tiempos tantos preclarísimos varones...

Y si el alma se asoma al jardín de las Rosas no parece sino que mira los millares de muchachas que allí se educaron y fueron después espejos de esposas y madres.

Valladolid, ciudad quieta, quieta en sus conventos y en sus colegios, en sus casonas y en sus calles, quieta en el corazón y en el carácter de sus hijos. Quieta y decorosa en su Catedral desde cuyas torres —dos gigantescos centinelas que cuidan la ciudad— marcan las campanas el ritmo tranquilo de la vida provinciana, alegres al despuntar el día, a la hora del alba; graves y solemnes, a la hora de la queda, para marcar el principio del descanso (2)''.

* * *

En cuanto al Seminario, así cantaba sus glorias el Sr. Buitrón en esta página inédita:

¡Seminario de Michoacán! Dulce asilo de la piedad y del saber; alma mater de la cultura y de la virtud, escuela del bien decir y del buen obrar; luminar que durante siglos has esparcido tu luz sobre el hidalgo solar michoacano; recio forjador de hombres que han sido la honra y prez no solamente de la patria chieca sino de la nación entera!

Dentro de tus muros acogedores vivió y se formó el Libertador de México y consumidor de la Independencia nacional, Don Agustín de Iturbide. Seminario de Michoacán, tú alimentaste con el pan de la ciencia a Don Pelagio Antonio de Labastida, Obispo de la Puebla y Arzobispo de México, notabilísimo hombre de Estado y consejero de Pío IX; de tus aulas salió uno de los más grandes polemistas mexicanos, defensor denodado de las libertades de la Iglesia, gran patriota y orador elocuentísimo, el Obispo Don Clemente de Jesús Munguía; tú fuiste el mentor y el maestro del gran tribuno Don Ignacio Aguilar y Marocho; de Don Angel Mariano Morales, fundador de la Escuela de Jurisprudencia de Michoacán y Obispo de Sonora y de Oaxaca; de Don Herculano López, Obispo y Apóstol de Sonora; de Don José Ignacio Areiaga, Arzobispo de Michoacán, que llenó él solo medio siglo de la cultura y de la historia de aquella Iglesia; del Lic. Don

J. de Jesús Ortiz, primer Obispo de Chihuahua y Arzobispo de Guadalajara; de don José M. Cázares y Martínez, Obispo de Zamora; de Don Agustín Abarea, profundo pensador y restaurador insigne de la filosofía en México; de don Francisco Banegas, Obispo de Querétaro, sabio educador e historiador que recuerda por su amplitud de miras y serenidad de criterio a los Clavijero y Alamán; a Don Francisco Elguero, gran cristiano y gran polígrafo; y... a tantos otros que en la Iglesia, en la magistratura y en el foro han dado lustre y han honrado tu nombre.

¡Bendito Seminario de Morelia! ¡A su solo recuerdo se ilumina mi vida y se estremece de júbilo mi corazón! En ese nido bendito transecurrió tranquila mi adolescencia y en él se consumió el tesoro divino de mi juventud: dentro de sus muros tibios y amorosos ascendí a la serena altiplanicie de la edad madura y en él y a su servicio enanceció mi cabeza. ¡Bendito Seminario de Morelia!

No es el amor filial —señores— que me ciegue; no es tampoco el vano prurito de afirmar a toda hora que "*cualquier tiempo pasado fue mejor*", no; sino la sencilla expresión de la verdad el asegurarnos que, si desde su fundación fue glorioso el Seminario de Morelia, a partir de 1906 fue una institución modelo en su género. Espléndido edificio; gabinetes magníficos de Física, Química e Historia Natural; Observatorio astronómico y meteorológico; rica biblioteca, —la segunda entonces del país—; pero más que la materialidad de las cosas, su recia disciplina, su orden admirable, su plan de estudios sabiamente meditado, su profesorado selectísimo.

Presente está, y no me dejaría mentir, su Excia. Rma. el Arzobispo de México, último Rector de aquella Casa, quien la conoció como ninguno y escribió con lo mejor de su vida consagrada toda a ella 30 años de su historia gloriosísima.

Pero vinieron las convulsiones sociales que durante tantos años han conmovido a México, y, ¡cómo se nos cambió la vida! ¡cómo de alegre se nos puso triste!

Todo lo teníamos, y todo lo perdimos; la riqueza se convirtió en penuria, el esplendor en miseria; pero no, no todo, nos quedó la idea, lo espiritual, lo que no muere. El Seminario comenzó a subir su calvario para contribuir con su sacrificio al advenimiento de una patria mejor (3)".

A las puertas de este Seminario vino a llamar, en enero de 1891, el futuro Arzobispo Primado de México. Era todavía un niño, contaba apenas 9 años y medio.

Su carrera fue brillantísima y en toda ella se mantuvo a la cabeza de sus compañeros. Me parece que en él sobresalieron dos cualidades: una memoria privilegiada y una inteligencia clarísima.

Aquí es oportuno hablar de un dato muy importante para conocer a Mons. Martínez: su temperamento y su carácter.

El niño que en muy temprana edad pierde a su padre, puede adolecer de cierta falta de virilidad, y más si es hijo único. Suele entonces convertirse en un niño mimado, caprichoso, al que nada se le niega, al que en nada se le contraría. Por este camino es imposible adquirir un temple varonil.

Ahora bien, la personalidad de Mons. Martínez se destaca por una recia virilidad: fue un hombre en toda la acepción de la palabra. ¿Cómo se explica esto? Desde luego porque Ramoneita era un trasunto de "*la mujer fuerte*" de la Sagrada Escritura. En ella se adunaban dos cualidades que parecen opuestas —en realidad se completan—: una ternura exquisita y un temple varonil.

Amó a su hijo con un amor extraordinario; pero, como todos los afectos profundos, más bien se adivinaba y presentía que se manifestaba exteriormente. Sobria en palabras de afecto y en caricias, no se perdonaba sacrificio alguno por su hijo. ¡Y qué bien supo aprender y reproducir Monseñor esa lección de abnegación y sacrificio!

Ahora bien, nada es capaz de dar un temple tan recio a la voluntad como el sacrificio y el renunciamiento.

También contribuyó a formar su carácter su tío Don Sabino. La vida del campo es austera, laboriosa y forjadora de "hombres". En ella se formó Don Sabino y su ejemplo influyó en la formación del joven seminarista.

En ese tiempo Monseñor pasaba la época de las vacaciones con su tío, en la hacienda que administraba. Por eso fue un jinete consumado. Su tío le había regalado un caballo para su uso exclusivo. Se llamaba "*el pajarito*", tal vez por lo grácil de sus formas, tal vez por la ligereza con que corría. Era un caballo de mucha ley; para manejarlo, no se necesitaban ni espuelas ni látigo, bastaba la rienda. En los movimientos de ésta parece que adivinaba la voluntad de su amo, y ya se lanzaba como flecha, ya saltaba obstáculos, ya se paraba en seco, ya hacía las

cabriolas propias de los coreeles briosos.

En las vacaciones, con frecuencia Monseñor ensillaba al “*pajarito*”, tomaba su rifle y, acompañado de su perro, “*el indio*”, se iba a cazar. Cuando la presa estaba a tiro —patos, milotas, codornices, etc.—, detenía al caballo, soltaba la rienda, apuntaba y sonaba el disparo. El “*pajarito*” se quedaba inmóvil como una estatua, a pesar de la detonación. En cambio, “*el indio*” corría a coger la presa que había caído y con ella en el hocico se presentaba a su amo, parado de manos sobre el caballo. Monseñor tomaba la presa, la guardaba en “*las cantinas* (4)” de la silla de montar, y seguía adelante.

* * *

Aquí viene a propósito recordar algunos episodios de su vida.

Monseñor, desde su primera infancia, empezó a montar a caballo. A los 4 años ya lo hacía y no como otros niños, que necesitan un mozo que los sostenga en la silla y otro que lleve las riendas de la cabalgadura; él se sostenía solo y la guiaba solo. Y no en un caballo demasiado manso, puesto que en una ocasión se le desbocó.

Corría el caballo desalado atravesando llanuras, subiéndole cuestas. El peligro era gravísimo; en cualquier momento el niño, asustado, podía caerse, ser arrastrado o coceado por el caballo, o podía éste meterse entre breñales, lo que hubiera dado el mismo resultado desastroso. Nada se podía hacer. Correr tras el caballo era asustarlo más. Los testigos presenciaban, impotentes, aquel espectáculo con la angustia que es de suponerse.

Pero Luisito desde entonces dio pruebas de un gran equilibrio nervioso; no perdió un momento el dominio de sí mismo y la serenidad. Como buen jinete, se asió fuertemente de las riendas y se mantuvo en equilibrio sobre la silla. La carrera vertiginosa agotó al caballo; providencialmente llegó a un poblado donde las mismas calles lo fueron como acorralando. Hasta que al fin, jadeante y bañado en sudor, el caballo se detuvo. Y Luisito se apeó triunfante.

Y es de notar el temple de su mamá que no se opuso a que siguiera montando caballo. Era preciso que se enseñara a ser hombre.

* * *

Pasaron los años y en unas vacaciones el joven seminarista cabalgaba en compañía de Don Sabino y de “un caporal” (5) por los terrenos de la hacienda. De pronto, en un bosquecillo, se oyó bramar a un toro; poco después apareció en la llanura. Don Sabino, que conocía todo el ganado, dijo: es un toro “alzado”. Llaman así al toro que se aparta del resto del ganado, se remonta a la sierra y se vuelve salvaje, una verdadera fiera.

—Hay que lazarlo y juntarlo con el ganado, dijo Don Sabino al caporal.

Muy diestros en su arte, desenvolvieron “sus reatas (6)” y se fueron acreando al toro, con precaución y cada uno por su lado.

Entretanto el toro seguía bramando y escarbando la tierra con una de sus patas.

Cuando el caporal estuvo a una distancia conveniente, tiró el lazo, que no falló, y el toro quedó prendido por los cuernos. Enfurecido, empezó a retroceder. La reata estaba demasiado tensa.

Don Sabino, con el conocimiento que tenía de estos lances, comprendió que la reata no iba a resistir, y puso a todos alerta porque el peligro arreciaba.

En efecto, de pronto el toro sacudió la cabeza, erugió la reata y se rompió. Lanzóse entonces el toro para ensartar en sus astas al primero que alcanzara. Pero los tres, consumados jinetes, supieron “torcarlo a caballo” esquivar sus embestidas. Hasta que con un oportuno “*piel*” (7) lograron derribarlo.

* * *

Pasaron más años y Monseñor, ya obispo, gobernaba la Arquidiócesis de Morelia durante el destierro de Mons. Leopoldo Ruiz. Se ocupaba en esos días en practicar la Visita Pastoral en las parroquias foráneas.

En esos pueblos, donde es tan viva la fe, la visita del Prelado es un gran acontecimiento. Se le hacen recepciones verdaderamente triunfales. Todo el pueblo en masa sale a recibir al Prelado. Adornan todas las calles, levantan arcos de triunfo. Las bandas de música tocan sus marchas más solemnes. Y sobre todo, los cohetes surean el espacio por todas partes.

El párroco de ese lugar a donde iba a hacer su entrada Mons. Martínez sabía que era un consumado jinete y le

preparó un caballo brioso para que en él hiciera su entrada en el pueblo.

Lo montó Mons. Martínez, que a todo se avenía, se asentó en la silla como sólo lo hace quien estaba avezado a este deporte, tomó las riendas y marchó adelante.

Con el estruendo de los cohetes, de las músicas, de los gritos y aclamaciones de la multitud, el corcel trataba de escapar disparado. Mons. lo contenía con las riendas, y el potro tascaba el freno, y bailaba nervioso como en esos casos suelen hacerlo los caballos de brío.

La multitud no salía de su asombro al ver la maestría con que Mons. gobernaba su cabalgadura.

* * *

Finalmente en la formación del carácter de Mons. tuvo muy buena parte la disciplina y la vida de piedad del Seminario. En esta formación tuvo un influjo decisivo Mons. Banegas que murió Obispo de Querétaro y fue Rector del Seminario de Morelia todo el tiempo que Mons. Martínez fue Vicerrector.

Mons. Banegas, tan poco conocido y apreciado, fue, sin embargo, un hombre que superó a su tiempo, de miras muy amplias, de juicio muy certero, de una clarividencia que casi rayaba en profética.

He aquí algunos rasgos que nos pueden dar idea de él.

Mons. Leopoldo Ruiz decía: es sorprendente cómo el Sr. Banegas, sin haber salido nunca de México (8), ha sabido colocar el Seminario de Morelia a la altura de los colegios europeos, por su disciplina, sus métodos, su plan de estudio, sus textos, etc.

Cuando los arreglos del conflicto religioso, en 1929, hubo cierta extrañeza en algunos católicos, porque se preguntaban ¿cómo puede la Iglesia ceder alguno de sus derechos? Mons. Banegas desde hacía tiempo había encontrado la solución: "La Iglesia tiene dos clases de derechos: unos primarios y fundamentales, en los cuales no puede transigir; otros secundarios, en los cuales, para evitar males mayores, puede ceder, sobre todo temporalmente, mientras pasan esas circunstancias críticas". Por eso era de parecer que no se suspendieran los cultos en 1926, sino que se buscara un arreglo decoroso, que al fin, tarde o temprano, las cosas volverían a su estado normal.

Pero la situación era tan álgida, tan confusa, los áni-

mos tan caldeados, los pareceres tan inclinados a la resistencia, que no era posible seguir su parecer. El tiempo y los acontecimientos, sin embargo, le han dado la razón.

Pero ya mucho antes, cuando todavía no se barruntaba nada de la persecución carrancista, Mons. Banegas la presintió. Reunió entonces a todos los profesores del Seminario y nos dijo que veía venir días muy aciagos para la Iglesia y sobre todo para el Seminario; que se llegaría a no tener ni un centavo con que sostener ni a los seminaristas ni a los profesores.

—Quiero saber —dijo gravemente y pesando sus palabras— con quienes de ustedes puedo contar para que, llegado el caso, sigan dando clases gratuitamente.

Está por demás decir que todos dieron su palabra de permanecer fieles en su puesto a pesar de todo.

Dos años después ese día llegó; en 1914 el Seminario fue despojado de su edificio y de sus medios de subsistencia. Por años no se pudo dar un centavo a los profesores; pero todos cumplieron su palabra.

Recuerdo que un día, el Vicario General, hablando con uno de ellos, le preguntó sobre su situación económica. Hoy —le contestó— en la cocina de mi casa no se ha encendido fuego; primero, porque no hay combustible; segundo, porque no hay qué calentar...

* * *

Pnes bien, Mons. Martínez fue la obra maestra de Mons. Banegas. Y ni el uno ni el otro lo desconocían, por más que mientras éste lo guardaba en secreto, aquél lo proclamara a todos los vientos.

Cuando Mons. Martínez fue preconizado Obispo, lo primero que hizo fue comunicárselo a Mons. Banegas, invitarlo de Obispo coconsagrante y pedirle su bendición como a su padre que era. Mons. Banegas aceptó la invitación, pero se negó a bendecirlo, alegando que en adelante los dos eran iguales, puesto que los dos eran Obispos.

Insistió Mons. Martínez alegando el derecho de paternidad que sobre él tenía. Cedió al fin y lo bendijo con la bendición de Jacob: "*Filius accrezens, filius accrezens, et decorus aspectu* (9)". Que seas un hijo que crezcas siempre en la virtud y en la hermosura de tu alma. ¡Con qué largueza confirmó y realizó Dios esta bendición!

Mons. Martínez, siempre fidelísimo, asistió a Mons. Banegas en su última enfermedad. A pesar de estar abru-

mado de trabajo, encontraba manera de hacer viajes a Querétaro para visitarlo en su enfermedad larga y penosa (cáncer pulmonar) y para asistirlo en su última hora.

Cuando Mons. Martínez fue nombrado miembro de la Academia de la Lengua, pensó primero hacer su discurso de recepción sobre la hermosura de nuestro idioma. ¡Qué exquisito discurso nos hubiera legado! Pero después cambió de parecer y quizá presintiendo que era su última oportunidad, quiso rendirle a Mons. Banegas un tributo de piedad filial, y dedicó su discurso a hablar de él (10). Con ese discurso, el último que escribió, cumplió con un deber sagrado de gratitud.

Tales fueron los instrumentos de que Dios se valió para forjar el carácter de Mons. Martínez y hacer de él todo un "*hombre*".

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

(1) Precisemos un poco las fechas. Mons. vivió en Molinos de Caballero de 1881 a 1886; —en Morelia, transitoriamente, de mediados de 1886 a principios de 1887; en Puruándiro, de 1887 a fines de 1888; en Morelia, definitivamente, desde noviembre de 1888 hasta abril de 1937, menos el período de diciembre de 1922 a septiembre de 1923 en que estuvo de Administrador Apostólico en Chilapa; en México, de abril de 1937 hasta su muerte, el 9 de febrero de 1956. Por razones de su ministerio viajé mucho, visitó todas las diócesis de México, fue varias veces a Estados Unidos, a Centro América y a Europa, dos veces a Tierra Santa y una vez al Líbano, a Venezuela y a Argentina.

En cuanto a sus estudios: de primaria sólo estudió tres años: uno en Puruándiro y dos en Morelia, en la escuela de Don Timoteo Carrasco (1889 y 1890). En 1891 entró al Seminario.

(2) "Apuntes para servir a la historia del Arzobispado de Morelia", págs. 29-31. México, 1948.

(3) Discurso en una fiesta íntima, 11 de enero de 1939.

(4) "*Cantinas*" son como bolsas de cuero que llevan a los lados las sillas de montar en México. El fin de "*el pajarito*" fue muy triste. En una ocasión, los carrancistas hicieron requisición de los mejores caballos de Morelia y se apoderaron de "*el pajarito*". Mons. no lo volvió a ver... ¡Cuánto lo sintió!

(5) Mozo de a caballo diestro en el manejo de la reata y dedicado a cuidar el ganado.

(6) "*Reata*" es el lazo o cuerda muy fuerte que usan los charros en México.

(7) "*Pial*" es un lazo con que aprisionan las patas traseras del toro para derribarlo.

(8) Después, Mons. Banegas fue desterrado a Cuba y a Estados Unidos. Consagrado ya Obispo, fue a Roma a la visita "ad limina".

(9) Gen., XLIX, 22.

(10) "Mons. Banegas". Discurso de Mons. Martínez en su recepción como Académico de la Lengua.

Novedades:

“¡VEN, JESUS!”

Meditaciones para prepararse a la fiesta de Navidad, por el Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo Príncipe de México.

Un volumen de 21 x 14 cms., con varios grabados y 129 págs.: \$ 8.25, rústica.

Acaba de aparecer la 5ª edición de

“ MADRE ”

por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.
Hermosa carátula a colores, \$ 7.25 rústica.

“ CLAMOR DE SANGRE ”

Ensayo sobre la vida y martirio de San Felipe de Jesús, de sus compañeros y de los principales mártires del Japón, por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.

Un volumen de 21 x 14 cms., 174 págs., \$ 8.75 rústica.

**“ VIDA DE AMOR CON JESUS
SEGUN LA ESPIRITUALIDAD DE MONS. GAY ”**

Trata de los principios, de las condiciones y de la práctica de la unión con Jesús, con citas de las obras de Mons. Gay. Arreglo y versión del P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.

Un grueso volumen de 14 x 21 cms. y 340 páginas, \$ 10.00 rústica.

**“ EL MENSAJE DE TERESA
DE LISIEUX ”**

por el R.P. M. M. PHILIPON, O.P., versión autorizada del P. J. Treviño, M.Sp.S.

Un volumen de 21 x 14 cms., 128 páginas, \$ 6.00 rústica.

MANUALITO DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ

por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S. Es un edición enteramente nueva que da a conocer el espíritu del Apostolado de la Cruz.

Opúsculo de 72 páginas, carátula a colores, \$ 2.50 rústica.

Administración de “LA CRUZ”

APARTADO 1580.

MEXICO 1, D. F.

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01470 5893

